

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1955 - Núms. 72-73



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

086

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

1911

EJEMPLAR NÚM. **529**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1955



Tomo XXIII
Núms. 72-73

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1955

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 72-73

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. José Rubio Rivas.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

José de las Cuevas.— <i>Francisco Pacheco y «El arte de la Pintura»</i> . (Dos ilustraciones fuera de texto).....	9
María Josefa Cordero Ovejero.— <i>Calcidio, arcediano de Córdoba. Primer traductor de Platón en España</i>	67
Carlos Schlatter Márquez.— <i>Juan de Cervantes y Salazar, poeta lírico del siglo XVII</i>	89
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla.—II, Documentos</i>	103

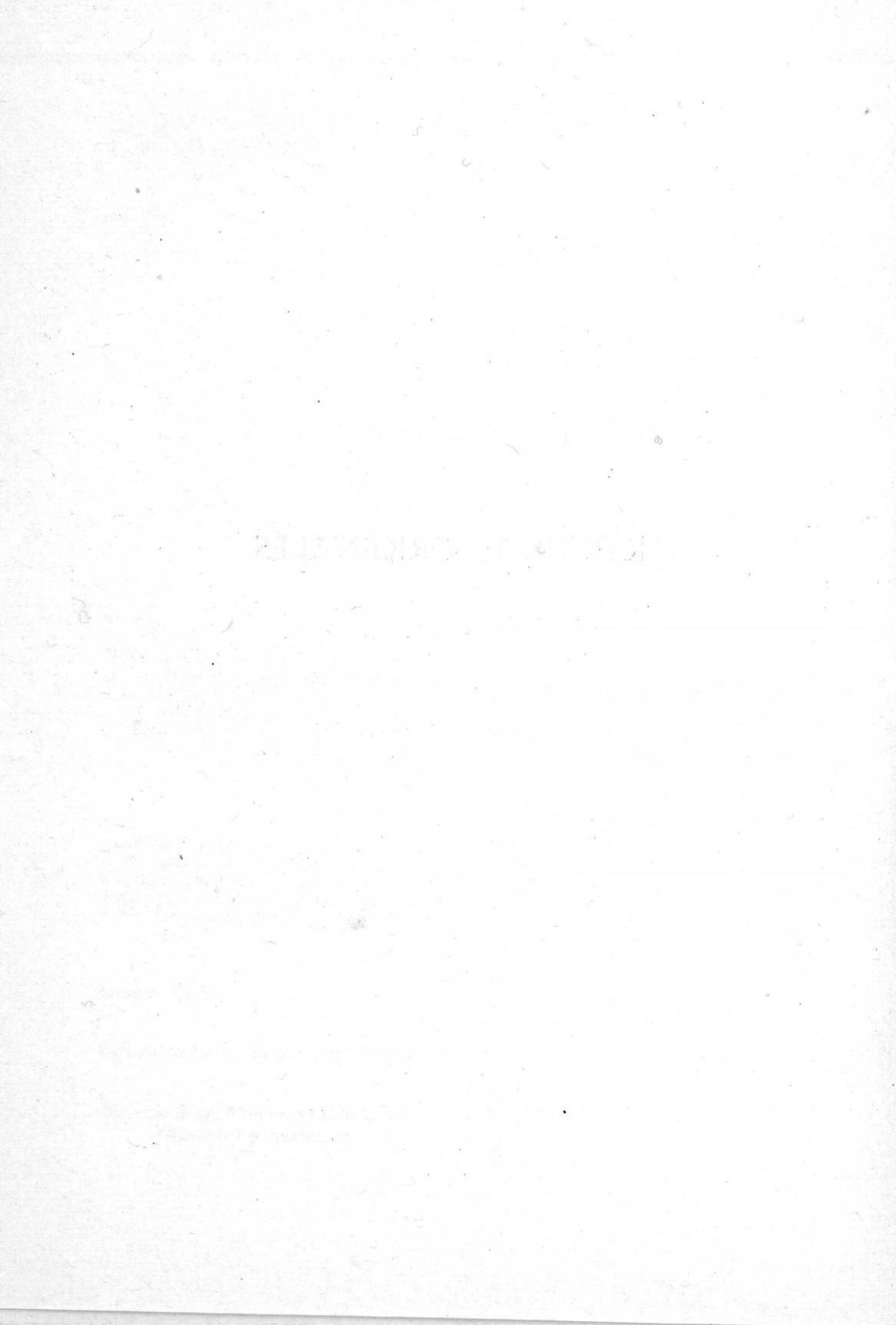
MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Nuevos datos de Arte Sacro</i> . (Tres ilustraciones fuera de texto).....	115
Francisco Márquez Villanueva.— <i>Sobre Ercilla y su épica</i>	117
José Andrés Vázquez.— <i>Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo</i>	121
* * * <i>Premios y Becas de la Excm. Diputación</i> (Patronato de Cultura).....	125

LIBROS: Varios.....	127
---------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: <i>Música</i> , por Norberto Almandoz.....	135
---	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Cronista Oficial de la Provincia.—Noviembre y diciembre, 1947</i>	143
---	-----



SOBRE ERCILLA Y SU EPICA

Es difícil fijar en una fórmula breve y concisa la impresión que una lectura de *La Araucana* sedimenta en nosotros, los simples lectores que hemos buscado —y encontrado— en ella el íntimo regusto de la nota humana, más bien que el dato erudito o el detalle filológico. No experimentamos ese sentimiento de limitación que se apodera a veces de nosotros al terminar las obras de algunos clásicos más o menos injustamente olvidados. Ahora es una percepción agrisulce, salpicada de alguna inesperada gota de tristeza, y que al permitir a través de ella una indefinible comunión con la sensibilidad del poeta nos compensa ampliamente el menor placer que en ciertos momentos pudieron causarnos sus versos. Al dejar este superpoblado bosque de octavas reales, vemos en Alonso de Ercilla un hombre tipo de la España combatiente y pensadora de Felipe II, cómo ella exhausto y condenado de antemano al desaliento, y la refinada personificación del gusto y de la inquieta conciencia literaria de su época.

Ercilla se enfrentaba con la necesidad de elevar al nivel que requerían los cánones renacentistas aquellas modalidades de la épica culta que discurrían aún por cauces lánguidos y totalmente inoperantes en el panorama literario europeo. El problema era por lo tanto auténtico y planteado de manera inteligente, si bien afrontado con una solución poco viable a causa de la sencillez algo excesiva de sus términos. Pues la esencia de su intento poético viene a consistir en una identificación de los caracteres externos de la épica culta italiana y a través de las modalidades técnicas inherentes a ella, con la tradición histórica y verista del poema épico español, que continúa en realidad como savia vitalizadora de su obra.

Ercilla se propone hacerlo literalmente así desde la primera página de su libro y nos conmovió el espíritu ancestral con que se apegó al hecho cierto y comprobado, hasta someterse a una dura tarea para simplemente hilvanar los hechos bélicos, toponimia y datos biográficos que han de formar el cuerpo de su «historia verdadera de cosas de guerra».

Muchas veces nos hará recordar, sonrientes, la figura del corresponsal de guerra en un frente actual, sobre todo al referirse a las anotaciones en verso tomadas en las pausas del combate sobre pedazos de cuero y pequeños fragmentos de cartas «que no me costó poco trabajo juntarlos». Esto último nos lo dice Ercilla con la misma velada satisfacción que siente hoy el historiador al hablar en un prefacio del crecido número de fichas que hubo de reunir para documentar su estudio. Manejaba la fábula don Alonso con un escrúpulo verdaderamente erudito. Si rechaza la versión de la historia de Dido y Eneas, según la *Eneida*, lo hace apoyado en el más impecable argumento cronológico:

Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

(*Araucana*. Part. II. Canto XXXII).

El historiador ha obligado a Virgilio a batirse en retirada.

Así es como llega a entablarse en su interior una pugna entre el cronista y el poeta, que casi siempre se resuelve en detrimento de este último. Entonces su ineficacia le arranca amargos lamentos sobre la aridez de su tema, «materia tan áspera y de poca variedad... y de haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril», según nos confiesa en el prólogo a la segunda parte, donde teme ya «que no habrá gusto que no se canse de seguirme». Estas expresiones desalentadas surgen a menudo y constituyen el contrapunto psicológico de muchas octavas, pues en ningún modo se identifican con el consabido artificio retórico que exige en todos los casos una modestia convencional, sino expresiones angustiadas de un poeta inteligente y agobiado por el terrible esfuerzo de elevar la crónica rimada al rango de poema épico. Esta nota de trabajos a reflexión se acentúa en aquellas octavas en que, más de mediado el poema, se detiene para iniciar un atormentado examen de conciencia:

De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que dí bien excusada
de acabar este libro comenzado;
que la seca materia, desgustada,
tan desierta y estéril, que he tomado,
me promete hasta el fin trabajo sumo
y es malo de sacar a un terrón zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras,
tras las roncadas trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores,
mezclando, en las empresas y recuestas,
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y, dando gusto, yo lo recibiera?

(*Araucana*. Part. II. Canto XX).

Desde la cumbre de su fatiga tiende Ercilla una mirada añorante sobre otros dominios poéticos. ¿Podría expresarse más vigorosamente la nostalgia de una insatisfecha vocación lírica?

La fidelidad al espíritu tradicional de la épica española es pues tan fuerte en Ercilla que llega a invalidar una buena parte de sus esfuerzos. Aquí hallamos también el factor que pone en trance de fracaso la concepción estética de toda su obra al impedir una fusión perfecta en la forma moderna al estilo italiano. Pues de adoptar el patrón de la épica renacentista hubiera sido preciso actuarlo íntegramente y no a medias, como pretendió hacer nuestro poeta. No basta tomar de ella una serie de elementos puramente externos, tanto métricos como retóricos o estilísticos. Era necesario reflejar también la gracia y ternura, la elegante ironía, aquella brillante y multiforme sensualidad de los poemas italianos. Pero Ercilla no captaba aquella corriente subterránea; lo apreciamos muy bien cuando en la segunda y tercera partes decide introducir en su esquema cierta amenidad a través de episodios como la auténtica historia de Dido o el alegato jurídico de Felipe II a la corona portuguesa y de concepción más cercana en todos ellos a Juan de Mena que a Ariosto. Este fallo de visión del poeta se une a la dificultad intrínseca de unir la forma italiana al encanto más rudo y primigenio de la sensibilidad acostumbrada en nuestra épica. Se proponía en este aspecto un ideal muy cercano a lo imposible y sin duda muy superior a sus fuerzas. Con ello nos recuerda una vez más la España de su tiempo.

El problema en conjunto era muy semejante al que Garcilaso había resuelto triunfalmente en el campo de la poesía lírica. Pero Garcilaso poseía un instinto admirable que le hacía ver con claridad la urgencia de una renovación absoluta y por ello no se limita a vestir con nuevo ropaje la vieja lírica de cancioneros, sino que introduce también un aire

nuevo concretado a través de la forma externa italianizante. En el ámbito de la épica ha encarado Ercilla una cuestión similar, pero planteada bajo una antinomia que se destruye interiormente. Ercilla era poeta de enorme talla, pero no un genio ilimitado como Garcilaso, y por ello no puede extrañarnos que no logre del todo su empeño de dar a nuestra literatura una épica moderna.

Nosotros, los lectores ingenuos, colocaríamos sobre su obra un juicio que quizás tenga algo de epitafio melancólico, pero lleno de comprensiva admiración: *Alonso de Ercilla. Un Garcilaso frustrado.*

FRANCISCO MARQUEZ VILLANUEVA.